



## Nietzsche y la extraña danza de lo Numinoso

**José Luis Cardero López**

*¿Se puede morir de ser inmortal?*

A la eterna memoria de El Crucificado y a la de su maestro Pietro.



**El Sueño y la Mirada. Los ojos de Nietzsche.  
Un apunte, ante su tumba en Röcken.  
(Cuaderno de campo de J.L. Cardero)**

## 1. Un eco de los viejos dioses: el testimonio de Zaratustra.

Cuándo nos aprietan los dioses y cruzan por nuestro camino aquellos espíritus vengativos de los muertos que nosotros mismos hemos elegido ¿acaso no reímos, por más que nuestra risa vaya y venga en un viaje sin retorno ni final, arrastrándose por el espacio vacío y helado del Universo?

Los dioses se acercaron una vez hasta nosotros. *Anunnaku*, venidos del Cielo a la Tierra<sup>1</sup>. Eran los tiempos de la eterna espera y ellos mismos llegaban cansados, con tristeza infinita de amores perdidos, derrotados en los azares de una batalla cósmica, cuyos ecos todavía perduran en muchas de las cosmovisiones con las que nuestra especie ha pretendido siempre cerrar la huella oscura de su origen. Caía por entonces la Gran Noche y nada hacía sospechar que el amanecer se retrasaría de esa manera, cuando el cazador orillaba sus perfiles al borde del misterioso lago de Mnemosyne.

Podemos tal vez contar las pieles de lobo pendientes de los sagrados árboles, pues allí tantos y tantos solían transformarse para cumplir la sagrada promesa de no probar ni una sola gota de sangre durante su aventura. Podemos tal vez contar eso y aquello otro que se oculta de nosotros, porque albergamos una gran sed cuando tenemos sed y podemos mostrar una gran luz en la oscuridad cuando vagamos en tinieblas. Sed de tinieblas y de oscuridad, sed de soledad y de lo oscuro. De eso oscuro que se lanza hacia nosotros y nos obliga a volar cada vez más alto, a gritar cada vez más fuerte: *No Serviremos*.

Ahora que los dioses se han ido y sólo quedan los sacerdotes de un culto vacío y estéril, muerto desde mucho antes de morir, quizá queramos seguir el sonoro canto de Zaratustra, cuando atravesaba el bosque con sus discípulos. Aunque el bosque siempre ha sido para nosotros un lugar temible. La mayoría de aquellos que cruzan el bosque, desean llegar cuanto antes hasta una pradera verde y hermosa, por la que corran aguas cristalinas y en la que se muestren tapices de flores amables. El bosque es el reducto de los lobos y de los dioses oscuros.

Nada hay más engañoso que esa pueril imagen de un deseo todavía más pueril. Algunos como Zaratustra nos lo han advertido: no busquemos allí praderas a las que promesas de ciertos Maestros puedan conducirnos. Nos arrepentiremos de ello. Porque, ni sobran aguas en este desgastado mundo para dejarlas correr libremente, ni esas fuentes apagarían nuestra sed. En el mundo que odia a Zaratustra nadie es libre. Nada puede fluir a su capricho. Todo se halla sembrado para crecer y multiplicarse, como las arenas del desierto. Y aún así, esos eriales que resultan, no son desierto bastante para el gusto de algunos.

Pero el que nos lleva es tozudo como la raíz del mundo. Quiere, pese a todo, conducirnos de la mano hasta el lugar donde las jóvenes diosas danzan. Y quiere convencerlas a ellas, y convencerlos a nosotros, de que no acechan ojos malvados, de que las miradas tristes han sido rechazadas hasta más allá del horizonte, de que las graciosas cabriolas de los cuerpos aéreos y argentados pueden, todavía, alcanzar el severo rostro de los númenes idos. ¿Cuál será el pequeño dios que las danzarinas hadas del bosque han escogido? ¿Qué oscura umbría verá el rumor pausado y doliente de su sacrificio? ¿En que brillante pira se consumirá su carne inmortal?

Profundidad. Fidelidad. Eternidad. Una de estas tres promesas, llegadas desde el abismo exterior, hemos de elegir para llevarla con nosotros como prenda de aquellas –y de aquellos– que en el bosque viven y pasan los días. Las guardamos

---

<sup>1</sup> *Enuma Elish. Poema babilonio de la Creación*. Ed. Trotta, 1994. p. 156 y s.

como una garantía dada por algo que, en el fondo, viene a ser malvado y pérfido, ya que se ha ido sin despedirse siquiera, dejando una leve sombra de la Nada en nuestros corazones.

Respirad el aire, vosotros que ostentáis la buena fe y la miseria de vuestra conformidad: *Calmo es el fondo de la mar que está en mi ¡Quién podrá adivinar los extraños monstruos que esconde!*<sup>2</sup>. Nada podrá salvaros de la pesadez que corroe hasta el último centímetro de vuestra alma mortal, entregado ya a los censores el espantoso botín de verdades y de piadosas mentiras que habitualmente debéis ofrecerles para que cesen en su persecución de El Crucificado.

Existe el camino de la iniciación, pero es poco productivo y nada gratificante para aquellos que se consideran sublimes. Por eso, lo totalmente ajeno a nosotros, lo que desde el Principio nos vigila entre las sombras de lo que todavía espera ser creado por alguien que ya no está, caza libremente en estas selvas de nuestro pensamiento agotado, poco ágil, nada convincente, en el caso de que hubiéramos de ofrecerle razones. Nada está pactado con esa entidad terrible, paralizante, colonizadora de paraísos perdidos y devoradora de esperanzas que, tiempo atrás, fueron nuestras, pero de las que fuimos expulsados en una ocasión sin que haya ahora retorno posible.

En algunos relatos del Principio, se narra la desesperación primero, luego la conformidad y, de vez en cuando, también la rebelión contra aquello que no nos concede ni un milímetro de espacio, nuestras espaldas aplastadas contra una pared que siempre está fabricada con el acero implacable de los buenos propósitos.

Sin embargo, en esas crónicas, también se dice que algunos dejaron salir al aire su llama divina, que unos cuantos liberaron esa luz que alumbraba como mil soles y planearon así descender hasta el lugar del sufrimiento oscuro. Hombres sublimes. Así fueron llamados aquellos que no quisieron abandonar cuerpos ni esperanzas. Pero nuestro esforzado Zarathustra dice: fatigan con tanta sublimidad. Deben desprenderse de ella mientras no les pese demasiado, mientras no haga cuerpo con ellos, mientras sean posibles conductas alternativas con las cuales huir de esa mala costumbre que nos obliga a presentar la cara frente a cualquier adversidad que se nos venga encima: *Cuando el héroe ha abandonado el alma, es solamente entonces que se aproxima en sueño, el superhéroe*<sup>3</sup>. Extraño juego éste, con todas las cartas marcadas y los puentes cortados. Nada se ve. Nada permanece cuando uno quiere volar demasiado lejos.

La civilización nos ha traicionado. Como las jóvenes diosas del bosque secreto, sólo espera un descuido para arrancarnos el corazón y consagrarlo a los dioses oscuros allí, entre las negras ramas del árbol que aguarda –y guarda– su presa. ¿A quién esperamos entre estas sombrías avenidas? ¿Qué espíritu es el nuestro cuando no teme ni a los pájaros de mal agüero, ni a los desnudos sacrificadores que afilan ya sus cuchillos para nosotros?

*Si, es la amargura de mis entrañas que no pueda soportaros ni desnudos, ni vestidos, oh hombres de este tiempo. Todo lo que inquieta en el porvenir es, en verdad, más familiar y tranquilizador que vuestra “realidad”*<sup>4</sup>.

Ya no es cuestión de resistirse. Ellos vienen, acuden, nos rodean con la fuerza de sus cien brazos. Estamos, quizá, a punto de entregarnos a nuestro destino, a consentir que la sangre corra una vez más y que los delirios se manifiesten en las negras cavidades del vacío interior. Fundirnos en la oscuridad. Disgregarnos en la negrura más negra que allí, en el fondo que todavía continúa siendo el Principio, nos aguarda, como una madre que espera al último de sus hijos prófugos. Tal vez esa

<sup>2</sup> F. Nietzsche, *Ainsi parlait Zarathoustra*. Ed. Gallimard. P. 137

<sup>3</sup> Id. P. 139.

<sup>4</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 141.

imagen de la Eterna que siempre Permanece, sea el postrero don concedido por los dioses huidos: la inmortalidad de aquél que huye de la Nada. La seguridad verdadera de su caminar –no confiado, pero sí consentido- por los senderos ocultos, en medio del bosque de los sacrificios.

Hay que contar entonces, sino con los hechos, sí al menos con las sospechas, con la suspicacia de quien conoce el problema, aunque sea superficialmente. Los dioses llegaron y trajeron consigo algo que no sufre, ni es capaz de sentir el aliento de la vida, ni puede proyectar en el futuro otra cosa que su propia imagen vacía. Pero ese algo terminó por suplantar a los propios dioses cuando éstos, cansados de sus batallas cósmicas, quisieron reposar en las umbrías y aplacar su sed entre los mirtos que, desde entonces, fueron sagrados.

Ese algo no tuvo principio, aunque los dioses sí lo tuvieron. En el desplegarse eterno de su existir, ese algo tampoco pudo captar sabiduría alguna, salvo aquella habilidad para propagarse y fluir desde lo oscuro. En su presentarse ante los asombrados testigos –que aguardan a los dioses y se encuentran, de pronto, con ello- ese algo refuerza su tensión interior, no porque se apodere de sustancia vital, ni de sangre, ni de fluidos –eso queda para algunos ídolos, cuando acuden al festín de los sacrificios- sino porque absorbe, precisamente, el dispararse del acontecer, su mismo carácter de ocurrencia, de brusquedad y de mostrarse en un instante mediante la sorpresa. Esas cualidades que incorpora a su existencia larvaria, ignorada por las Grandes Presencias, son las que mostrará a veces cuando surja en medio del camino que pocos se atreverían a seguir de sospechar ese encuentro.

Zaratustra nos dice: *¿Qué debemos pensar de esto? ¿Seremos también nosotros fantasmas que recorren el mundo de los hombres?*<sup>5</sup>

Como él, igual que nuestro maestro El Crucificado, planteamos lo que tal vez sea la última batalla por nuestras almas: Todo es vacío. Todo es igual. Las quejas salen de nuestros corazones lo mismo que el humo sube desde las hogueras de los pastores. Pedimos. ¿Dónde hay un Océano en el que podamos ahogarnos? A ello contesta la voz de lo que acecha, de eso que los dioses han arrastrado consigo. Y en su modulación, podríamos sospechar un punto de sarcasmo: Sois afortunados. Después de todo –nos dice esa voz lejana- si verdaderamente queréis desaparecer y borrar vuestra memoria de todos los registros, puedo ofreceros unas buenas y eficaces arenas movedizas.

## 2. La visita a una Tierra sin nombre.

Después de que se hayan planteado y surgido ante los testigos todos estos hechos ¿imagináis a El Crucificado asistiendo a un ágape iniciático, para entrar luego en el *telestérion* de Eleusis?

Digan ahora lo que quisieren. Nosotros ya hemos recorrido el camino al borde del mar, sacrificado ofrendas en el altar de las misteriosas deidades que nos aguardan, gozado de la perplejidad, soportado los insultos de los enmascarados, arrastrado nuestros pecados y faltas por la tierra y por el mar, atravesado la frontera con el mundo de los muertos, divisado en el claro horizonte las murallas que conservan el secreto de los secretos, aquél por el cual, ahora mismo, daríamos nuestras vidas, sin dudar más que unos breves instantes, previsoramente impuestos con ese fin por las normas sagradas.

---

<sup>5</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 156.

Sin embargo, hay que decirlo. Es posible llegar al recinto de los misterios de muchas maneras. Casi todos aquellos que, en algún momento de su vida, han despertado del sopor al que oficialmente se denomina *existencia*, lo saben bien. El viaje ensoñado es el más rápido y el más seguro, porque no está sujeto a la curiosidad de los Arcontes. ¿Quién sospecharía de aquél que da cabezadas, en un mundo de gentes dormidas? ¿Quién se cuidaría de lo que pueda hacer un asesino en medio de un bosque de cuchillos ensangrentados? Tal vez no se trate de un asesino – pensaríamos- sino de un iniciado como nosotros, con mayores dudas que nosotros, arriesgando en el empeño, por tanto, más que nosotros mismos. La iniciación proporciona recursos abundantes para burlar cualquier inquisición superficial y descuidada, al cargo de unos guardianes hastiados y poco cuidadosos. Pero es necesario saber sortear también la vigilancia, mucho más atenta y experta, de aquél al que muchos llaman El Adivino.

*...Y vi una gran tristeza extenderse sobre los hombres. Los mejores se fatigaban de sus obras...<sup>6</sup>.*

Pese a que vivimos en una ciudad de sueños impuestos, recaídos sobre nosotros, deberíamos aprender a utilizar contra nuestros verdugos el filo de sus propias armas. El Adivino actúa a través de –y mediante el- Gran Sueño. Con la ayuda de su poder se impone incluso a los deseos más aventurados de los posibles rebeldes, porque soñar es, definitivamente, casi lo mismo que marchar por un camino amplio y florido, sumergido en un río de aromas que conducen voluntades, proyectos y esperanzas de los que van de un lado a otro.

Pero Zaratustra usa el camino para otras cosas. Utiliza los productos, figuras y fábulas del sueño para iluminar las vigilias de sus discípulos, incluso de aquellos más rendidos por la fatiga. Y el rumor de su voz se distingue bajo la tormenta psíquica provocada por los Arcontes o por detrás de los esfuerzos que a todos los dormidos llegan desde la poderosa mente de El Adivino, igual que es posible diferenciar, en la más negra noche de tormenta, los oscuros y rocosos contornos del arrecife, bajo la furia y el jadeo de las olas gigantes.

El destino de cada uno en la Tierra sin Nombre se comunica en el sentido que poseen los sueños. El prisionero sueña, no en los azares de su libertad, sino en el modo de romper sus cadenas. Y existe una gran distancia a recorrer desde que, por tu esfuerzo o mediante la guía de otros, te conviertes en un desencadenado, hasta que puedes considerar que, en verdad, has logrado ser libre.

Así, Zaratustra sueña que se ha convertido en un guardián de las tumbas, en un vigilante y cuidador de muertos. En su sueño, había renunciado por ello a toda vida. Su distancia con los vivientes se traducían en la separación que, desde entonces, pudo establecer angustiado entre la supuestamente agradable existencia del valle florido que divisaba a lo lejos, y la rocosa y abrupta soledad del castillo de la Muerte en que permanecía, encaramado en sus riscos, próximo a las nubes plomizas y asfixiantes.

Sin embargo, nos dice Zaratustra, en medio de tales soledades y fúnebres perspectivas, la noche mostraba siempre una gran claridad a su alrededor. El mejor amigo en tales circunstancias era el silencio de los muertos, aunque su corazón se dolía al divisar desde allí las luces rientes, señalando el lugar donde los vivos gozaban de su existencia.

De pronto, esa relativa tranquilidad fue rota por una insistente llamada a las puertas del siniestro castillo de la Muerte. Zaratustra acudió, presuroso. Pero sólo pudo ver en el umbral la sombra de un gran ataúd que estaba allí depositado, negro y ominoso, como mensajero y adelantado de cierta Entidad funesta que se acercaba. Él intentó resistir los poderes inmensos de aquella revelación, cuya mayor amenaza no era su presencia, sino el Rumor que traía consigo. Cómo huir de algo cuyo poder se

<sup>6</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 157

fundamentaba en la desconcertante capacidad para fluir e insinuarse en la mente, para residir desde entonces en ella...

En su lucha terrible, librada para no caer en las garras de una amenaza muda, oscura y ausente de sí, vio como, de pronto, el ataúd se abría, dejando salir mil muecas de niños, de ángeles, de búhos, de locos y de mariposas enormes que comenzaron a perseguirle sin tregua por los corredores vacíos, por las estancias abandonadas, en la oscuridad sin esperanza del castillo de la Muerte. Ante el terror desencadenado por las muecas de aquellos fantasmas que bullían, ocupando todo el espacio, llegando y arrastrándose hasta los últimos rincones, Zaratustra, se despertó, temblando con la impresión de sus propios gritos<sup>7</sup>.

En el viaje que nos lleva hacia la Tierra sin Nombre, ¿cuántas veces hemos interrogado al viento, a las nubes, a los pájaros del cielo y a las ramas de los árboles que contemplan nuestro paso por este mundo, sobre el sentido último del Gran Sueño? La tristeza que embarga a Zaratustra y de la que intentan liberarle sus discípulos, no es otra cosa que la zarpa de lo Auténticamente Oscuro que desea caminar hasta nosotros. El Crucificado llegará a conocer muy de cerca ese aliento frío, procedente de la Entidad que los dioses arrastraron consigo en su llegada. La huella de ese padecer ignorado queda impresa en todos nosotros con la misma eficacia, con idéntica e irreversible rotundidad, que el anillo de la vida a la que permanecemos vinculados.

La mirada es el último recurso de una identidad que naufraga. Aquél que pueda revelar a Zaratustra el sentido de su sueño, tendrá derecho, si a tanto llega su atrevimiento, para mirar directamente a los ojos del que ha soñado. Pero tomarse tal libertad no es demasiado aconsejable, particularmente si el actor, es decir, aquél que conoce –o pretende conocer- las lecturas posibles de ese encadenamiento de imágenes oníricas, no ha contado cuidadosamente los pros y los contras de su elección. Porque, ¿Cuál es el auténtico significado, en nuestros días, de una acción que supone, ya no sólo despertar y liberar a los muertos, sino además, despertar y liberar también las muecas de sus almas perdidas?

¿Habremos de esperar asimismo, que esa preparación traiga consigo las premisas de nuestra propia redención? Todos sabemos muy bien que eso, con ser mucho, no basta, no es suficiente para los que esperan en la noche, por más que permanezcan acogidos en hogares de rientes y alegres luces y que, desde la mansión de la Muerte, den las mejores impresiones de felicidad y de contento.

No. Eso no es bastante. Ni lo son tampoco las esperanzas. Ni los sueños bienaventurados. Ni tampoco las enérgicas acciones de los dioses. Lo que nuestro ánimo quiere, necesita, exige, son los milagros que cabe esperar de semejante relación con lo Absolutamente Ajeno. Pero no milagros como el de la zarza ardiente, rodeada de un fuego inextinguible, ni el milagro de Moisés, con su *facies bicornuta* y resplandeciente, que luego, en su trato con los humanos, era necesario velar. Eso son maniobras y juegos con el entendimiento. Son escarceos intelectuales con el poder de los dioses, que, en definitiva, no nos muestran ningún mar en el que poder ahogarnos.

Lo que esos discípulos de Zaratustra necesitan es que los ciegos vean y los tullidos caminen. Tal vez necesiten también que, de vez en cuando, los muertos resuciten. Aunque, bien mirado, es mejor dejar que los muertos entierren a los muertos y que no intervengan demasiado con sus podridos huesos en nuestros negocios. Ya han sido tocados por lo Numinoso y ahora son, para nosotros, demasiado extraños, desprenden demasiada claridad, con una luz que no es de este mundo. La solución es implantar una fe. Algo en lo que se pueda creer mientras caminamos. Para ello, ni siquiera son necesarios los dioses –tal vez por eso se hayan ido- basta un pedazo de

---

<sup>7</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 159.

madera, una roca, una máscara, una promesa, un afán, un suspiro, casi, ni siquiera un vago gesto...

Zaratustra responde. Lo importante no es la *ausencia* de esta o aquella parte del todo. Lo importante es la *intención* que preside el plan en el que el todo se integra. Lo importante no es la relación entre las partes, sino la *idea* a que las partes responden. Lo importante no es remediar una u otra enfermedad o carencia –siempre existe alguna otra dolencia a la espera- sino disfrutar de un conocimiento en el que se pueda albergar, al mismo tiempo, lo bueno, lo malo y lo indiferente del mundo.

*En verdad, amigos míos –dice Zaratustra a sus discípulos- camino entre los hombres como entre fragmentos y miembros de los hombres... fragmentos, miembros y azares terribles...pero no hombres*<sup>8</sup>.

Ante el límite que señala la presencia de una Tierra sin Nombre, la mejor de las voluntades puede volverse de barro y ceniza. Lo que es, lo que fue, lo que podrá ser, acaso, nuestra esperanza, ha escapado, tal vez, con los dioses. Ya no se encuentra entre nosotros. No acude a las llamadas de quienes necesitan, continuamente, una confirmación de su existir. Las respuestas que llegan hasta nosotros únicamente son por eso, según parece, vagos ecos de nuestro miedo.

O, tal vez, puedan ser carcajadas lejanas de eso que los mismos dioses arrastraron en su venida y que ahora se complace con el aturdimiento que nos oprime.

### 3. El sueño y la mirada: lo Numinoso entre nosotros

*Todo lo que es recto, miente... Toda verdad es curva, el mismo tiempo es un círculo...*<sup>9</sup>.

La conciencia de la mentira es toda la conciencia del mundo<sup>10</sup>. Visto desde otro plano, tal vez menos sutil, quizá más ajeno a las metáforas consideradas como *movimiento*: el mundo que rodeó a Zaratustra cuando permanecía en el umbral de su caverna, oteando desde allí, aguardando el bienestar que no llegaba; el mundo que rodeó a El Crucificado, le estigmatizó sañudamente, arrojándole de sí; el mundo que nos mira ahora, tantos años después de aquellas revelaciones y tomas de conciencia, se articula sobre la mentira, aunque no todo en él sea mentira.

Hay algo que, seguramente sin pretenderlo, aunque sí deseándolo profundamente, escapa a esa condena: la mirada de aquél que observa desde fuera del mundo, con la intención y el deseo de los verdaderos creadores. Aquél a quien blanquearon los cabellos por la espera tan larga y por las cavilaciones que, pese a su entusiasmo, tardaron tanto en llegar como en culminar tras el crepúsculo de su vida. ¿Merece la pena aguardar las consecuencias de tal desarrollo –que no se harán esperar para el verdadero pensante- y albergar en su cabeza las elucubraciones que trae consigo el pensamiento articulado sobre ese mundo tan problemático?

Existe un abismo en el hombre, tan complejo y tan profundo como el mayor de los que puedan abrirse en la desconocida trastienda del universo. Allí se van depositando, sin temores ni sobresaltos, todos los dones que los habitantes del mundo ofrecen a Zaratustra, las maravillas grandes y pequeñas, las esperanzas cumplidas, las promesas bien retribuidas y las cosechas feraces del alma. Pero eso no es

<sup>8</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 163.

<sup>9</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 184.

<sup>10</sup> Lo que va un punto más allá, creo, de cuando se afirma: *La conciencia del mundo es la conciencia de la mentira*.

bastante, pues de lo que se trata principalmente es de que el abismo se manifieste por sí, que se tienda con él, que se complete consigo, un puente intangible y poderoso, construido con tesón, amor y dedicación, entre el sueño y la mirada: *¡Abrete, abismo humano!*<sup>11</sup> Ábrete y arroja hacia mi todos los tesoros que contiene y de los que, al parecer, eres dueño, de los que, con toda tu redondez y circularidad de pozo definitivo, puedes disponer con la mejor intención, pese a lo oscuro y pese a la sombra de la cual, en no pocas ocasiones, vuelves a ser testigo.

Ascenso y descenso. Ese es, según creo, el fondo del mayor secreto que conserva El Crucificado en su mirada. De ello no nos habla pese a que, ahora, dispone de todo el tiempo que para él ha dejado de contar en un desarrollo sin fronteras ni demarcaciones entre lo propio, lo singular, lo adecuado y lo tempestuoso de ciertos descubrimientos. Nada atañe más, en ese instante descubierto por azar entre dos interrupciones del discurso que Zaratustra deja fluir desde su atalaya, que atender, entender y extender lo inexpresado, lo que viene pero no termina de llegar, lo que falta pero sigue sin estar permitido, lo prometido en tantas ocasiones pero que sigue ausente en un camino extraviado.

¿Cómo puede la mirada de aquél que permanece fuera, controlar nuestro vuelo por el reino de este mundo? Con ella, con la mirada, se obtendría, quizá una visión mayor y desgajada de cuanto fuera posible lograr desde aquella orilla. El Camino y la intención de marchar por él, recorriéndolo paso a paso y depositando una visión en cada huella, sin hacer caso de los espectros que intentan llamar nuestra atención en los confines del sendero, allí por donde comienza a tomar altura el viejo bosque de los sacrificios.

El mirar se convirtió entonces en un atentado, en un peligro para los que sólo permiten una visión de las cosas. Nada hay más allá de aquél collado, no miréis en ese tumba de otro tiempo, no toquéis fuera de los límites de vuestro andar. ¿Qué es eso tan brillante, más allá, entre las hojas? No importa. Continúad con vuestro ciego avance hasta que un zarpazo del azar termine con el camino y con aquellos que por él marchan hacia un destino incierto, jamás concretado.

La mirada adquiere entonces descaradas propiedades de una filosofía de la mentira, hacia la que se llega mediante ayudas de un quiebro extraño: querer ver lo que no se ve. Pretender asir lo que está formado por noche y niebla. *Debes danzar y gritar al ritmo de mi látigo.*<sup>12</sup> El látigo en estos casos, jamás debe olvidarse. Lo único que podemos hacer –no es mucho– es rogar a Zaratustra que no suelte su azote con tanta fuerza, porque el ruido asesina los pensamientos, siempre y cuando los haya, lo que no suele ser el caso bajo el dominio de la filosofía de la mentira, la cual, siempre –siempre– estará celosa de la sabiduría<sup>13</sup>.

La filosofía de la mentira conduce en línea recta hacia la religión de la mentira. Y lo Numinoso batirá sus palmas en señal de contento y felicidad, ya que sus objetivos de dominación sorpresiva, súbita, inesperada, estarán así bien logrados. Ello irá parejo con una confesión nuestra. La de esa incapacidad que nos hiere, pero a la que deseamos ocultar bajo siete llaves, de ver el mundo tal como se nos presenta. Mente oscurecida, anestesiada, que no responde aunque se desaten tormentas como las anunciadas por El Crucificado.

Dormimos bien a gusto sobre los detritus de nuestro propio campo de ruinas, en el que se alzan, como una maldición antigua, los Siete Sellos de Zaratustra, todavía intactos, establecidos entre el pasado y el porvenir de los pequeños dioses con los que jugamos. Campo de ruinas, campo de minas, campo de sangre. El Crucificado es ahora el último filósofo, que avanza sorteando osamentas y reliquias de los que, en

---

<sup>11</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p. 273

<sup>12</sup> *Ainsi parlait Zarathoustra*, o.c. p.261.

<sup>13</sup> Id. p. 262.

tiempos, fueron los más santos. Nuestro saber sortea sin esfuerzo aparente todos los sueños con los que nunca ha contado. De ese esfuerzo nace la diversidad de los que desean adivinar, pero no intentan ver, conocer, disecar, ser escandalosos y molestos.

El Crucificado permanece ahora para siempre en su postrera mirada, con la cual atraviesa las cimas del planeta y acompaña a las águilas sobre los abismos, llegando, en su vuelo, hasta donde han sido sepultados los dioses antiguos, aquellos que bendijeron y amaron el mundo de los hombres y cuyas tumbas, salvajes y solitarias, revestidas del mirto sagrado y con las rojas amapolas dedicadas a Deméter, pretendieron transformar en iglesias y oratorios quienes no tienen reparo alguno en calumniar su vieja y decaída memoria, ni en cerrar nuestros ojos frente a cualquier luz incontrolada que pueda aparecer como la aurora, cruzando sin desmayo a través de las rotas bóvedas de lo Eterno.

Röcken, agosto de 2007.